

## Dos espaldas

Como quien toma su cayado y camina hacia el sur  
con un atado de imágenes  
y parece que tuviera dos espaldas

CLD

En setiembre de 2012 estaba preparando un texto introductorio para *Aguas ejemplares*, una reedición de *Las conversiones* (1983), *Cielo forzado* (1988) y *Aquí descansa nadie* (1988). En ese mes, Ana Barraza Bisso me invitó desde Chile a compartir un testimonio sobre mi primer libro en su revista virtual *Letras ciudadanas*. Eran dos textos que debía redactar en tres días y se me ocurrió seguir unos versos de "Arte de la peste". Y para ser fiel a esta intención, tomé mi cayado y con un puñado de imágenes me atreví a moldear este cuerpo de dos espaldas. "Cualquier día una mano nos detiene" se mira y reverbera en "A qué sonará una voz". Ambos son iguales y distintos. Los dos suenan y disuenan en un acorde que reitera casi las mismas notas, obsesiones y palabras. Creo que deben ser leídos al unísono.

## CUALQUIER DÍA UNA MANO NOS DETIENE

No puedo afirmar con exactitud cuándo surgió mi primer texto. Las fechas se me pierden en los inicios de los sesenta y me veo tardes y noches a los ocho-nueve-diez años leyendo y repitiendo palabras que me imantaban. Después vino la dura adolescencia con sus páginas llenas de malos versos dedicados a las muchachas que me parecían las más hermosas de la Tierra. En ese momento la escritura era, fundamentalmente, una actividad personal, secreta, clandestina, a veces hasta vergonzosa: era un grafómano solitario que ocultaba cuidadosamente los papeles que nadie podía ni debía descubrir.

Cuando terminé el colegio me presenté a la universidad con la idea equivocada de estudiar medicina, aunque mi interés estaba en las humanidades. Entré a Estudios Generales en San Marcos y allí, al lado de los cursos de matemáticas y biología, encontré

## A QUÉ SONARÁ UNA VOZ

*A qué sonará una voz / que nadie oyó durante años.* Escribo estas líneas adelantándome al próximo 14 de diciembre. Ese día cumpliré 60 años y quiero recibirlos contando 30, 25 y 15 años para atrás. Siempre he vivido obsesionado por las horas y las fechas y estoy convencido de que ellas diseñan una trama secreta que nos entrega al vértigo del tiempo, pero que también nos sustrae de él. Nunca puedo estar sin un reloj y siento veneración por los números impares, especialmente el trece, el siete y el tres. Por eso, en febrero pasado, concebí la idea de reunir tres de mis libros en su solo cuerpo de tres brazos o tres rostros. El 2013 —un año impar con uno de mis números preferidos— *Las conversiones, Cielo forzado* y *Aquí descansa nadie* cumplirán 30, 25 y 15 años respectivamente, y decidí que

un espacio propicio para mi grafomanía. Recuerdo, por ejemplo, que me matriculé en un curso de poesía que dictaba el poeta Pablo Guevara y también en otro de apreciación cinematográfica. Fue allí donde le alcancé por primera vez un poema a otra persona y descubrí la existencia del lector. Poco a poco esa dedicación a la lectura y la escritura fue ganando terreno en mi experiencia y llegó el momento en que decidí estudiar literatura después de un fugaz paso por las ciencias sociales, como era usual entre las personas con intereses creativos en la década los setenta.

El año de 1973, me trasladé a Colombia y allí pude cumplir el ciclo de mi metamorfosis para regresar en 1978, como un extraño en la poesía peruana, con un libro inédito bajo el brazo. Un amigo, con quien había estudiado en San Marcos y quien fue uno de mis primeros lectores, Enrique Sánchez Hernani, me llevó casi recién desembarcado del avión a una fiesta de año nuevo en la que estaban muchos de los poetas peruanos del segundo núcleo

bien podían abrazarse en *Aguas ejemplares*: un volumen igual a CLD, pero distinto.

No recuerdo cuándo escribí mi primer texto. Las fechas se me pierden en los inicios de los sesenta y me veo tardes y noches a los ocho-nueve-diez años leyendo y repitiendo palabras que me imantaban. Después vino la dura adolescencia con sus páginas llenas de malos versos dedicados a las muchachas que me parecían las más hermosas de la Tierra. En ese momento la escritura era, fundamentalmente, una actividad personal, secreta, clandestina, a veces hasta vergonzosa: era un grafómano solitario que ocultaba cuidadosamente los papeles que nadie podía ni debía descubrir.

Cuando terminé el colegio me presenté a la universidad con la idea equivocada de estudiar medicina, aunque mi interés estaba en las humanidades. Entré a Estudios Generales en San Marcos y allí, al lado de

del setenta. Esa misma noche, casi sin darme cuenta, formé parte de La Sagrada Familia y, un poco por amistad y entusiasmo, caminé con ellos unos cuantos meses. Contemplo esta experiencia a la distancia y siento que esa fue mi etapa de aprendizaje colectivo, es cierto, pero fue también el espacio adecuado para el reconocimiento de una identidad poética excéntrica que se alejaba de las expectativas retóricas de entonces. Formaban La Sagrada Familia Edgar O'Hara, Roger Santibáñez, Kike Sánchez Hernani, Luis Rebaza, Luis Alberto Castillo, entre otros, pero yo sentía que mi escritura discurría por un camino distante y distinto. En ese momento, la poesía que tenía fuerza y audiencia era la propuesta conversacional con una poesía situada, urbana, testimonial; todo el lenguaje de las calles y la fuerza política de los setenta estaban en los poemas; pero yo, desde otra margen, me empeñaba en una aventura que recorría un laberíntico viaje interior, no sé si sea correcto llamarlo metafísico, pero sí se trataba de un

las explicaciones de matemáticas y biología, encontré un espacio propicio para mi grafomanía. Recuerdo, por ejemplo, que me matriculé en un curso de poesía que dictaba el poeta Pablo Guevara y también en otro de apreciación cinematográfica. Fue allí donde le alcancé por primera vez un poema a otra persona y descubrí la existencia del lector. Poco a poco esa dedicación a la lectura y la escritura fue ganando terreno en mi experiencia y llegó el momento en que decidí estudiar literatura después de un fugaz paso por las ciencias sociales, como era usual entre las personas con intereses creativos en la década los setenta.

El año de 1973, me trasladé a Colombia y allí pude cumplir el ciclo de mi metamorfosis para regresar en 1978, como un extraño en la poesía peruana, con un libro inédito bajo el brazo —*Un buen día*— que publiqué ese mismo año con el sello de La Sagrada Familia. Sí, durante

lenguaje alejado del entorno y que exploraba un mundo fantasmagórico, ambiguo, visto a través de un cristal empañado. Por eso, cuando en 1994 reuní una parte significativa de mis poemas, el título que elegí para acogerlos fue *Lejos de todas partes*.

Pero fue con La Sagrada Familia que publiqué mi primer libro. Vuelvo a verme el año de 1978 regresando a mi casa con un pesado paquete que guardaba los primeros cincuenta ejemplares de *Un buen día*. Después de las cervezas de rigor con algunos de los cómplices de la *sagrada*, me pasé horas pasando y repasando el breve volumen de diseño artesanal con tapas de cartón y una hermosa portada que mostraba un doble ángel. Tocaba las hojas, las miraba, las olía y repetía los poemas casi de memoria. Entonces los reconocía frescos e intensos, dueños de un resplandor y una confianza que no he vuelto a sentir. Eran apenas 12 poemas sin título en un volumen de 36 páginas sin numerar cosidas a mano por Edgar, Lucho Rebaza y por mí, y

un breve tiempo participé en las experiencias poéticas colectivas que eran importantes en esos años y, aunque fui un *sagrado* asimétrico y excéntrico, ahora valoro esa aventura como un ciclo de aprendizaje indispensable.

Vuelvo a verme el año de 1978 regresando a mi casa con un pesado paquete que guardaba los primeros cincuenta ejemplares de *Un buen día*. Después de las cervezas de rigor con algunos de los cómplices de la *sagrada*, me pasé horas pasando y repasando el breve volumen de diseño artesanal con tapas de cartón y una hermosa portada que mostraba un doble ángel. Tocaba las hojas, las miraba, las olía y repetía los poemas casi de memoria. Entonces los reconocía frescos e intensos, dueños de un resplandor y una confianza que no he vuelto a sentir. Eran apenas 12 poemas sin título en un volumen de 36 páginas sin numerar cosidas a mano. Esos eran los textos que habían sobrevivido a un solitario

reproducidas en el *offset* más rudimentario. Esos eran los textos que habían sobrevivido a mi febril ciclo de escritura en la Universidad Javeriana de Bogotá durante los años 1975 y 1976; una primera versión de ese libro mereció incluso el premio en los Juegos Florales de la universidad con un jurado en el que estaba Giovanni Quessep. Transcribo uno de ellos que tiene para mí un misterio especial:

cualquier día una mano nos detiene

un toque muy discreto

apenas un chasquido dibujado

con la punta de los dedos

la seguimos

y aún no hay preguntas

(ella puede ser muy amable al

comienzo)

pero ya no habrá más tiempo

para terminar con el café

y febril ciclo de escritura en la Universidad Javeriana de Bogotá durante los años 1975 y 1976, cuando mis únicos interlocutores poéticos eran los libros. Pero el destino de los primeros poemarios es incierto: *Un buen día* pasó casi desapercibido y un año después sentía sus textos abstractos, insuficientes y secos. Aparte de los volúmenes entregados a los generosos compradores de los bonos de prepublicación y de cinco o seis adquiridos en alguna librería por anónimos lectores, regalé la mitad de los 450 ejemplares de esa primera edición. El año de 1981, secuestré los libros restantes y permanecieron hasta fines de los años noventa sellados en una caja en el garaje o desván de la casa de mi suegra entre muebles en desuso, trastos, juguetes, herramientas y ropa de tiempos pretéritos. Cuando vendieron la casa, la caja reapareció y destruí en un incendio personal muchos de los libros. Pero como un óbolo o como el pago de

regresar del trabajo contando  
[nuestras llaves  
o amar una mujer  
un cortaplumas

tal vez una sospecha  
cualquier ojo en la ventana  
dispuesto a delatarnos  
cierta marca que llevábamos  
aunque nosotros no la vimos

y sucedió  
la mano se dio vuelta  
jugó a interrogarnos  
después nos estranguló  
y borró todas las huellas  
es posible

una deuda conmigo mismo, conservé cincuenta ejemplares. Varios de ellos ya están en manos de lectores interesados y los otros aguardan el tiempo que les corresponde.

El primer poema que escribí después del ciclo de *Un buen día* fue “Y decidí remontarme al ruisenior”. Este texto es, desde luego, un arte poética que dialoga con el pájaro mecánico del cuento de hadas fabricado como un sucedáneo por el emperador oriental y el ruisenior de la oda de Keats. El poeta inglés había muerto un 24 de febrero de tuberculosis, en Roma, a los 26 años, y a la misma edad, un caluroso mes de febrero en Lima, yo esbozaba un poema que por primera vez sentía mío. El ruisenior inmolido y renacido era una marca para señalar el fin de una etapa de aprendizaje y el inicio de una conciencia poética.

Ahora que releo los quince poemas de *Las conversiones* siento que con ellos se

Pero el destino de los primeros libros es incierto: *Um buen día* pasó desapercibido, no recibí casi reseñas con la excepción de un elogioso comentario de Edgar O'Hara y un año después sentía sus textos abstractos, insuficientes y secos. Aparte de los volúmenes entregados a los generosos compradores de los bonos de prepublicación y de cinco o seis adquiridos en alguna librería por anónimos lectores, regalé la mitad de los 450 ejemplares de esa primera edición. El año de 1981, secuestré los libros restantes y permanecieron hasta fines de los años noventa sellados en una caja en el garaje o desván de la casa de mi suegra entre muebles en desuso, trastos, juguetes, herramientas y ropa de tiempos pretéritos. Cuando vendieron la casa, la caja reapareció y destruí en un incendio personal muchos de los libros. Pero como un óbolo o como el pago de una deuda conmigo mismo, conservé cincuenta ejemplares. Varios de ellos ya están en manos de lectores interesados y los otros aguardan el tiempo que les corresponde.

inicia esa obra autorreferencial en la que me he empeñado tantos años. Ellos encierran, además, una actitud ante la poesía a la que no he renunciado: la propuesta de una escritura ambigua, incierta, expresionista, más nocturna que diurna, agazapada en un umbral o detenida ante un recinto a punto de abrirse; una poesía austera y fría que señala algo que nos atrae-revela-aterra-conjura excede, aunque nunca sepamos exactamente qué es; una trama de signos para anudar la pura inminencia, el desasosiego, el temblor.

Pero hay algo más. En ese poema aparece CLD aún innominado. Nació con 26 años y desde entonces ha reaparecido encubierto con máscaras, espejos y veladuras en todos mis libros y así continuará, supongo, hasta el final cuando escriba mi último poema. Descreo de la literatura confesional, pero estoy seguro de que mis textos han construido laboriosamente una



El año de 1994, cuando seleccioné mi poesía escrita hasta esa fecha, solo salvé cinco poemas de *Un buen día*. Hace un par de años releí el libro y creo que a estas alturas de mi vida puedo ser más indulgente. Ellos con su aura rudimentaria anticipan lo que he escrito después. Tienen la semilla de una poesía más imaginaria y expresionista que realista, más ambigua que explícita, más vertical que horizontal, más nocturna que diurna.

Un buen día empecé a escribir. Un buen día decidí publicar *Un buen día*, mi primer libro y sé que un buen día saldrá de mis manos mi último poema. Soy y no soy lo que he escrito y cada uno de mis textos me señala, enmascara y conjura. Soy mis palabras y ellas se han vuelto mis ojos y mi carne y mis piernas y mi respiración.

figura insospechada que me deforma, conjura e interpela como ocurre en mi texto “En grandes letras de oro”. Y esa figura soy y no soy yo.

Trato de anticipar nuevamente el 14 de diciembre. Allí está CLD tocando-oliendo-repasando estas *aguas ejemplares* que se escurren entre sus dedos. Es medianoche y él como un sonámbulo se levanta para regar *piedrecillas en el desfiladero*. *El mar retumba cerca* y entre las olas y las rocas estoy yo:

Igual a CLD

un escarabajo enconado de sombra

pero distinto.

## LOS BOSQUES ARCAICOS

Busco en mi biblioteca un libro de cubierta roja y desgastada. Es una edición de *Cantos de vida y esperanza* de Rubén Darío, publicada en 1931, que perteneció a Dina Degregori Bendezú, la “Mamá”, y que está en mis manos desde su fallecimiento en 1975. Paso las páginas y encuentro entre ellas mechones de pelo, la imagen de una Virgen en un pequeño rectángulo de tela, violetas secas y mensajes crípticos como uno que dice “en todos los puntos de la Tierra estamos a la misma distancia del cielo y del infierno”. Todos estos elementos son las marcas del tiempo de una mujer que nació a inicios del siglo XX y que ahora es memoria en un antiguo volumen de poesía. Pero para mí es algo más: se trata de un umbral que me regresa a mi primer encuentro con la literatura.

Ahora es una tarde a fines de los años cincuenta. Es la última hora de la luz y, desde un punto de irradiación impreciso, brota la voz enfática de Dina:

El varón que tiene corazón de lis,  
alma de querube, lengua celestial,  
el mínimo y dulce Francisco de Asís,  
está con un rudo y torvo animal,  
bestia temerosa de sangre y de robo,  
las fauces de furia, los ojos de mal:  
¡el lobo de Gubbia, el terrible lobo!

Este poema no está en el libro que acabo de mencionar, como bien lo saben los pocos lectores de textos modernistas que aún existen; pero, al lado de algunos cuentos maravillosos, encarna mi primer contacto con la literatura. Canto y cuento es la poesía, aprendí más tarde en la secundaria, y ese proverbio de Antonio Machado adquirió para mí un sentido que podía verificar y sentir como propio en ese momento. Mi abuela leía, no declamaba, y lograba impregnar en las palabras una carnalidad y un transcurrir

de los que no podía sustraerme. Al lado de la historia de San Francisco y el Lobo, estaban los relatos de Andersen acompañados de ilustraciones misteriosas en una enorme edición de Renacimiento que también conservo. Recuerdo que los escuchaba y luego me empeñaba en una lectura difícil que me desbordaba, pero que iba dibujando un bosque lleno de personajes que se perdían entre los árboles y dejaban en las cortezas inscripciones incomprensibles. Era un rito iniciático que debía cumplir para acceder a ese bosque arcaico. Allí, en algún claro, estaban reunidos el lobo apaciguado por el santo, el niño de la sepultura, el emperador chino de “El ruiseñor”, Karen la niña de los zapatos rojos, la pequeña sirena y la Reina de las Nieves que proponía un acertijo para la única palabra decisiva: eternidad. Después vinieron los veinte tomos de *El tesoro de la juventud* y las novelas de Julio Verne y de Emilio Salgari.

Es sabido que la necesidad de ficción está enraizada en la especie humana desde los orígenes. Reclamamos las historias de los otros para luego cifrar el único relato que nos pertenece. Todos lo hacemos, con o sin palabras, y así vamos perfilando los retazos de una biografía y con ella una identidad. Somos en tanto nos contamos a nosotros mismos una historia y nos distinguimos de los cuentos de los otros o de lo que los otros cuentan de nosotros. Por eso estoy convencido de que la experiencia literaria se va consolidando como una geología de símbolos y en las profundidades permanecen ocultos los primeros contactos con el arte de la palabra. En mi caso, esas historias han configurado sótanos, grutas y túneles. A veces me interno en ellos; a veces los clausuro o los olvido, pero sé que están allí con su desasosiego y misterio intactos.

Esos fueron mis primeros libros y, como el retorno del lobo de Gubbia a la existencia salvaje o los ciclos que debía cumplir la Reina de las Nieves, todas estas historias se desvanecieron o fueron negadas en la pubertad. El testimonio de ese extrañamiento aparece en un fragmento de “Los lugares prohibidos”, uno de los poemas de *Una casa en la sombra*, libro que publiqué en 1986. Allí puede leerse:

Todo un año no escuché  
leía *El tesoro de la juventud*

me masturbaba  
como se riega la curiosidad  
o lo invisible.

Me interesa asociar aquí la escritura y la lectura con el solitario goce. No pretendo decir que eso sea la literatura, pero sí quiero sugerir que esa correlación es fundamental en una etapa de la existencia. Dejarse envolver por la *curiosidad* y esa fuerza *invisible*. Acatar un vértigo que anuda el lenguaje con el reconocimiento del placer y la transgresión. Eso es lo que ocurre con nuestras primeras lecturas. Aquellas que nos acompañarán olvidadas o invisibles en todas nuestras transformaciones y vicisitudes. Porque nosotros las hemos inventado, o quizá es al revés y ellas ya se han vuelto nosotros.

## VÓRTICE DIBUJADO CON TINTA PARKER NEGRA, AZUL O VERDE

El padre se encadena al hijo y así proyecta su deseo. Lo hace con la disciplina, con la transmisión de gestos, patrones de expresión, ritos, con el legado de ciertos objetos preciosos. Pero el padre es también sombra y testigo del que engendró; por eso lo moldea laboriosamente hasta volverlo ficción, distancia. A cambio el hijo le retorna una historia en la que pueda reconocerlo y tal vez perdonarlo. Es una ley ancestral: mi padre me encadenó con un reloj y una pluma.

En los primeros años sesenta, cuando venía a Lima, recorría el centro con mi padre. Recuerdo los paseos que carecían de dirección para mí y que siempre llevaban a La Pluma de Oro, una tienda en la avenida Abancay que vendía artículos deportivos y útiles de escritorio. Mi padre no era aficionado a la pesca y mi experiencia marina se reducía a un temor impreciso a las olas, pero cada vez que trasponía la puerta mis ojos repasaban las cañas, líneas, cordeles, anzuelos de diversos tamaños, arpones, tanques de oxígeno, cinturones de plomo, aletas y sobre todo los señuelos que colgaban suspendidos como una reverberación o un equilibrio delante de la vitrina que guardaba las plumas y lapiceros Parker.

Ahora puedo entender el vértigo simétrico entre esas dos clases de objetos distintos. La poesía es un señuelo. Es semejante a los dobles de aves o peces que con formas, colores y sonidos simulan al animal que les sirvió de modelo. Sombra de una sombra, el poema, como quería Pessoa, finge una dimensión de la realidad o el lenguaje para añadirle un secreto mortífero. Las tonalidades radiantes del simulacro de pez encubren los afilados garfios que anuncian la asfixia. El contorno y el reclamo del ave prefiguran la carne que sucumbirá atravesada de perdigones. Por eso hay siempre oculta una muerte en los poemas que a mí me interesan, aunque esta sea simbólica. Es el fin de una convicción o una certeza, la sustracción de una seguridad que nos deja a la intemperie en el momento que concluye el ciclo de la escritura o la lectura del texto.

Cuando me gradué en la universidad, mi padre me obsequió su pluma Parker. Siento que con ese legado trataba de compensar su desencanto por mi abandono de los estudios de medicina para optar por una carrera de letras. El doctor, sin que importara la distancia, escribiría a través de mi mano. El padre y el hijo permanecerían encadenados en la metonimia de una pluma fuente. Nunca la he utilizado: permanece en su estuche de madera en un cajón de mi escritorio como un signo áureo. Resplandece autosuficiente en su inacción. Quiero pensar que en alguno de sus frecuentes viajes a Lima él adquirió esa pluma en la tienda de la avenida Abancay. Ahora ella solo es un reclamo para que se reúnan los abismos oceánicos. No sé si es el señuelo que dejó mi padre para conjurar mi actividad con la palabra o si es el artefacto seductor que yo he inventado para atraerlo y parecerme a él. En cualquier caso, en este texto hay un vórtice de filiación y cadenas. Y en el centro, un punto de intemperie marcado con tinta Parker azul, negra o verde.

## GEOMETRÍA DEL ESPACIO

La primera vez que vi un sencillo cubo de azúcar fue el año de 1973, en Bogotá. Claro que tenía noticias de ellos, aunque no poseía aún la certeza de su existencia. Pero esa tarde habían decidido invadir la seguridad de mi mundo y allí aguardaban perfectamente diseñados encerrando su dulzura en sus seis lados de tres centímetros exactos. Golpeé con la pinza el plato que con la forma de una pequeña barca de metal los encerraba, probé con el tacto la superficie de la mesa y levanté una breve pirámide de cinco-cuatro-tres-dos-uno volúmenes blancos. Había edificado un pequeño monumento y sentí que debía sustraerle esa voluntad de perfección; entonces, con sumo cuidado, extraje el del centro de la base para endulzar mi café sin que se desmoronara la construcción.

Leí en alguna oportunidad que todos los hombres cabrían absolutamente compactos, sin intersticios ni vacíos, en un cubo de azúcar. Allí permaneceríamos atezados en una feroz inmovilidad, ausentes del teatro de las pasiones, limpios de todos los recuerdos y pensamientos. Únicamente se necesitaría desaparecer la distancia entre los núcleos de los átomos y las órbitas de los electrones para que cesaran los latidos de energía. Sumidos en el vértigo de la cercanía, nos confundiríamos todos en un monstruo cúbico de densidad incalculable y tres centímetros de lado.

Tomé el cubo de azúcar y lo acerqué a mi oído. Era mi modesto Aleph que seguramente Borges habría mirado con desdén. Escuché un vocerío doloroso indescriptible y al tocarlo con la punta de la lengua sentí la dulzura infame que nos atraviesa; sabía que entre todas esas personas había solo una que tendría que amarme o, por lo menos, salvarme. Preferí no deshacerlo en el café y me tendí con él sobre el pecho en un jardín lateral de la Carrera 15 en una cauta vigilia. Así permanecí algunas horas. Después dejé el cubo en la hierba para que las hormigas y los pájaros crepusculares lo devoraran.

## ESQUEMA CANÓNICO

### I.

En el salón de clases vive el guardián del tiempo. Hace treinta años lo descubrí en un pupitre con su traje lleno de tizas y tijeras. Tenía lo que quedará de mis facciones en la memoria de los alumnos, pero sus dedos eran más largos que los míos y culminaban en uñas afiladas para peor señalar.

Los verbos son ardorosos arcángeles, afirmé la primera clase que dicté. Los sustantivos son todas las cosas que caben en la tierra y en el cielo. Los verbos los recogen y abrazan para trasladarlos de un punto a otro punto, de un comienzo inexorable a un final impreciso. Los pronombres son los nudos que sostienen a los verbos y los sustantivos: *Él* o *Tú* o *Nosotros* testificando esa traslación. Nos mentimos con su desplazamiento aparente que no avanza ni retrocede. *Yo* es un profesor inmóvil que abre los labios para articular una palabra. ¿Cuál será?, les pregunté en esa oportunidad a mis alumnos. Sabía que no podrían responder. Sabía que era una palabra esquiva o tal vez inexistente. Ellos bajaron los ojos y los ocultaron avergonzados en las mesas.

### II.

Desde hace treinta años todas las paredes son la misma pared. Cada estudiante es mi unigénito estudiante y en sus rostros se levantan idénticas la indiferencia, la desarmonía, la crueldad.

Imagina un evento que es crucial para ti, explica el guardián con una tiza, y sitúalo en algún punto de esta inmensa pizarra. Supón que el mismo evento se reproduce con la sola fiebre de las proliferaciones y reaparece en muchos otros puntos de la superficie. Traza líneas entre ellos. El intervalo que obtienes es el tiempo que



te corresponde. Pero es una magnitud equívoca, sin transcurrir. Solo el vértigo de las repeticiones insustanciales, enfermas quizá y tristes, sobre todo tristes, como tus tardes en esta pizarra.

### III.

El año pasado apareció un mastín. Desde entonces permanece sujeto en un rincón de la clase y lleva el mismo bozal que Napoleón imaginó para su perro. El emperador mandó fabricar un complejo laberinto de plata que hacía muy difícil la respiración y apaciguaba así la ferocidad del animal. La furia de su naturaleza era neutralizada por la asfixia.

El mastín ya forma parte de mi paisaje académico como si se tratara de un mueble o un libro. Los alumnos se han acostumbrado al silbido del aire recorriendo el laberinto, toleran sus colmillos y la saliva blanca que le cubre el hocico.

La clase avanza dolorosamente una y otra vez, sentencia el guardián. Así tiene que ser. Siempre es el mismo aire comprobando la dureza de los caminos de plata. El próximo año queda atrás y ya no puedes distinguirlo. Ayer dirás las palabras de mañana. Te has esmerado en la exactitud de su reiteración porque ese es el secreto de tu sobrevivencia. Escúchalas chirriar ininteligibles en los belfos del perro y en los oídos de los estudiantes que cortarás como flores si es que ellos no lo hacen antes contigo.

### IV.

Cada inicio de ciclo me rindo a la ilusión de lo desconocido y ensayo variantes, ramificaciones. Me enamoro de la alumna más insignificante, la que tiene la mirada más huidiza. Es un amor invisible, introspectivo que solo aspira a extinguir la multiplicación de los días. Imagina el beso que nunca podrás ofrecerle, me dice el guardián señalándome con sus largas uñas, acaricia su peso y consis-

tencia, síguelo en su recorrido por un largo hilo de piel. Construye un péndulo con el beso y entrégalo a la locura del movimiento. ¿No te das cuenta de que con su vaivén se empecina en confesarte algo inconfesable?

El beso es el verbo: un caballo que te lleva corriendo por la llanura del cuerpo. Los cascos golpeando son los sustantivos con todas las cosas vacías que caben en la tierra y el cielo. Desde el caballo ves una montaña o un árbol que nunca terminan de pasar. Tal vez el caballo galopa detenido y de nada sirven las espuelas. Tal vez la montaña y el árbol se mueven al unísono contigo. La luna de mármol que cuelga en el cielorraso del salón de clase es el ojo del tiempo: el pronombre más insignificante, el que tiene la mirada más huidiza.

V.

Eres un perro arcángel, me dice el guardián del tiempo, entierras verbos y sustantivos como si fueran tesoros. ¿Tú crees que lo sean, profesor?

Yo no le contesto y con una tiza dibujo en mi rostro una sonrisa y mis ojos cerrados.